

y no se meta en lo que no le incumbe, porque estamos de fisiología hasta el copete del atril.

La madre de Bacón dice un pensador distinguido—no hubiera podido escribir el *Novum Organum*, ó hubiera sido incapaz de tener por hijo á Bacón. Es una afirmación como otra cualquiera que pudiera ser aplicable al padre. Pero ¿es que todas las mujeres engendran Verulamios? Generalmente, las más bestias engendran alcornoques. Son pocas las que se deciden á andar en cuatro pies para que su hijo escriba el *Fausto*. Cuanto más que los hombres escriben pocos *Faustos* y bastantes majaderías.

Hablando de una profesora eminente, decía una señora indignada.—¿No le valdría más cuidar de sus hijos?—No los tiene, le contesté.—O fregar.—Gana lo bastante para pagar á sus servidores.—O tener su casa arreglada.—Está como los chorros del oro. Luego me enteré de que quien estas cosas decía tenía la casa y los hijos abandonados, y se pasaba la vida en la iglesia ó boca abajo en la meridiana leyendo las hazañas de Rocambole.

Mujeres que veis sin protesta á otras mujeres convertidas en animales de carga, en meretrices y en pordioseras, respetad á quien se emancipa por su propio trabajo y enseña á las otras el medio seguro de redimirse. Hombres que no servís sino para necias labores rutinarias é insultáis á la mujer laboriosa, ese sombrero al suelo. Si os molesta que las mujeres piensen, y escriban, y toquen, y trabajen, en vuestras manos está el remedio: aprended á hacerlo mejor.

### Lecciones amargas

Los padres romanos podían matar á sus hijas; hoy pueden recluirlas en un convento. Pero este derecho es absurdo; la patria potestad supone obligaciones que no es lícito jamás abdicar. Renunciar un deber es tan antijurídico como pueda serlo reclamar un falso derecho.

Todo menor requiere para sí protección y amparo de sus progenitores. ¿Qué protección dispensa el padre que entrega á su hija á una mujer que puede tener sabiduría y capacidad, pero que puede también ser inculta, zafia, incapaz de afecto maternal, que no es imposible que tenga malvados y perversos instintos, para que la encierre entre cuatro paredes, la sustraiga á toda vigilancia, incluso á la del juez, y si muere la entierre en el mismo convento, sin otra garantía de inculpabilidad que un parte oficioso, redactado sin ortografía?

Se dice que las superioras son santas. Pero las santas no sirven para madres, y aun apenas si sirven para institutrices. Una mujer que considera pecado el amor, es incapaz de las maternales ternuras; si no cumple los votos, porque es una hipócrita, y si los cumple, porque es un caso de Patología. El instinto sexual en la mujer es ya una maternidad en promesa. A la monja modelo de Teresa Cepeda, como á la religiosa de Diderot, y aun á la del perspicaz Aretino, le es imposible amamantar á la prole; pero le es imposible también quererla, como le es imposible amarla al fariseo y al eunuco.

Los hombres que nos llamamos circunspectos por no apellidarnos timoratos, nos resistimos á

creer que dentro de un convento puedan cometerse delitos y crímenes. Ello no nos consta; pero es suficiente que se cometan necedades, y necedad supina es privar á una adolescente del calor del hogar, de la esperanza en un cariño y una fecundidad sacrosanta; aislarla en lugares sombríos, aterrarla con perspectivas de eterna é irredimible condenación, flagelar sus carnes con el cilicio y su espíritu con la Metafísica abstracta, y hacer que sus sollozos no lleguen adonde puedan ser oídos por los hombres de honradez y de valentía.

Toda mujer que merece ó usurpa el nombre de madre, debiera vivir á la luz del día y someterse á la vigilancia de que son objeto las hembras que paren con dolor. Toda persona que hace un sacerdocio y hasta un privilegio de su castidad, debiera legar su virginal cuerpo á la autopsia para demostrar la verdad de su aserto. Mientras esto no ocurra, y el claustro siga siendo un arcano, como la cueva de Alí Babá, el vulgo seguirá de por vida poniendo en cuarentena la austeridad de sus habitantes. Jamás la virtud ha necesitado de sombras, ni puede tolerarlas un siglo que ha hecho de la luz y de la verdad el más elevado de sus cultos.

En cuanto á los padres... Un poco de cultura les enseñará que no se dispone de un menor como puede hacerse de un mueble ó de un perro, y que en todo caso, será preferible entregar sus hijos á la caridad pública que á la privada beatitud, santidad que no admite fiscales; según sus apologistas, por vanagloria, y según sus detractores, por otras causas que no son de la incumbencia de los cronistas.

### La excomuni6n

DIDEROT.—Perdonad, señora; esperaba encontrar en este despacho al general.

GENERALA.—¿Tendréis la bondad de darme vuestro nombre?

D.—Tiene honor en serviros Diderot.

G.—¡Diderot! ¡Mr. Diderot! ¿Pero no sois el filósofo, el republicano, el anticlerical?

D.—Exactamente.

G.—¿El que quiere que se expulse y se haga correr á los frailes?

D.—En verdad, no había pensado en ello; pero no me parece mal.

G.—¿Y no sabéis que vosotros y los gobernantes que os escuchan serán muy pronto excomulgados?

D.—Lo fueron Galileo, Servet, Bruno, el mismo Cid, á quien admiráis.

G.—Mas dicen que ello le enfureció sobremanera.

D.—Cierto, señora. «Absolvedme—dijo—, Papa; si no, os será mal contado.»

G.—¡Qué atrevimiento!

D.—Pero eran aquellos otros tiempos. El excomulgado era un réprobo á quien se negaba el pan y la sal. Hoy, el gentil Rodrigo se hubiera indignado unos adarmes menos. Ya lo veis; yo mismo tengo el honor de ser recibido afablemente por vos, á pesar de todos los anatemas.

G.—Porque son estos tiempos de menos fe.

D.—Dispensad; porque lo son de mayor piedad y tolerancia.

- G.—Pero decidme: ¿qué haríamos sin frailes?
- D.—Me atrevo, á mi vez, á reconveniros. ¿Qué hacemos con ellos?
- G.—Rezamos.
- D.—¿No podréis hacerlo después?
- G.—Somos fieles, honradas, gentes de bien...
- D.—Permitidme pensar que lo seriais sin misioneros.
- G.—Más fuertes de espíritu y de cuerpo...
- D.—El escepticismo del general no le ha impedido, á los sesenta y cinco años, daros un hijo... ni á vos conservar las opulentas y niveas turgencias que delatan las transparencias de vuestro corpiño.
- G.—¡Ay! ¡Somos pecadores indignos de la misericordia infinita.
- D.—¡Infinita! En tal caso la excomunión no podrá más que la divina misericordia.
- G.—¿Y qué ganáis con no ser amigo de las congregaciones?
- D.—Nada, señora. ¿Es que también en eso hay algo que ganar?
- G.—Obedecer las palabras de Jesucristo.
- D.—Si no temiera importaros os repetiría lo que contestaron los protestantes al obispo de Dol. Este prelado osó—como veis, la moda no es nueva—injuriar al rey en nombre del clero. «¿Le habéis consultado?», díjole el de Saint-Pol—. «He consultado á mi Crucifijo.» «En ese caso—replicó el Saint-Pol—es menester repetir exactamente lo que el Crucifijo os ha respondido.»
- G.—¿Qué queréis decir?
- D.—Que probablemente el Crucifijo no contestaría injurias ni anatemas.
- G.—¿De veras no teméis á la excomunión?
- D.—La excomunión no es sino una declaración

de estar fuera de una comunión. Perdonadme esta perogrullada. ¿Y quién va á saber mejor que yo cuándo, en cuestiones de pensamiento, estoy dentro ó fuera?

G.—Veo que los enemigos del clero conserváis la corrupción teórica y práctica «en toda su pureza».

D.—Señora, también el pensamiento puede tener su virginidad.

G.—Oigo el carruaje del general. ¿Persistís en el error?

D.—Persisto en admiraros.

G.—Sabed que la vida conventual es la vida perfecta.

D.—¿Por qué no la abrazáis?

G.—Eso debiéramos hacer todos, mujeres y hombres... Pero entonces se acabaría el mundo.

D.—¡Oh, generala; sois demasiado pesimista!

### Las noches del desmonte

Agazapados en los terraplenes, acurrucados junto á los restos de un horno de vidrio, calados por la llovizna hasta los huesos, dormían, no hace muchas noches, hasta dos docenas de los que ahora llamamos golfos y antes denominó nuestro clásico idioma hampones y dropes. Los había en el informe montón de todos talantes y cataduras. El hambre, la inquietud y el cuidado de la miseria no fueron partes á perturbar su sueño. Fueron precisos para lograrlo unos gritos agudos de angustia y sobresalto del único de los compañeros de dropería, el cual observó con espanto que el más viejo de los pernoctadores vagabundos estaba muerto.

Sustos, desmayos, y por fin detención por los guardias del orden de toda la tan desarrapada como honesta cohorte. Y empezaron los interrogatorios. El primer detenido dijo ser maestro de escuela, ocupación tan brillante como lucrativa, que no le impedía matar las liendres en los altibajos de Rosales. El segundo confesó ser presbítero, aunque sin licencias del ordinario. Tras él declaró una mujer, la cual hubo de hacer patente su doble condición de modista y de profesora de labores. Se ignora la profesión ú oficio que hubieron de ostentar los demás.

Y bien; ¿qué soñaban estos desgraciados al ser despertados tan brusca é inopinadamente? No es absurdo pensar que, si no aquella misma noche, alguna otra, el maestro soñaría con sus escuelas, el cura con sus sacramentos y la maestra con sus primorosas labores de aguja ó ganchillo. No se consagra toda una vida á determinada vocación para que no se sueñe con ella dormido, cuando el fracaso irremediable ha hecho imposible realizarla despierto.

Soñaría el buen dómíne con sus años de aprendizaje, menos poéticos y gallardos que los del maestro Guillermo. No hubo en ellos seguramente una cariñosa Mignon, ni menos los viajes azarosos, pero pintorescos, en que fuera el arte el principal camarada. Desvelos y penosos estudios compartieron con ayunos y férulas la tarea de despoetizar una juventud. Pero al cabo el suspirado título vino á premiar tanta temprana angustia. Ser maestro ya es algo; al menos debiera ser algo. Y así lo pensó, sin duda, el cándido y crédulo pedagogo.

Pero luego, tras oposiciones reñidas, llegó el fracaso. El fracaso es algo terrible, tal vez un invisible duende que va llamando á los vidrios de

los pisos altos y deslizándose por los tubos de las chimeneas. El travieso diablejo de Daudet, que iba gritando de casa en casa en las altas horas nocturnas: «¡El vencimiento! ¡el vencimiento!», no era sino este mismo duende vestido en ropaje comercial. ¡«El fracaso»! ¡Oh atormentador de los débiles, espanto de los pusilánimes y de los tímidos perseguidor y azote! El fracaso advino para el maestro, que no llegó á serlo jamás. Y surgieron las noches sin amparo, en que hubo que dormir en rebaño, como los puercos-espines de Schopenhauer, suficientemente á distancia para no herirse; bastante cerca para poder prestarse calor.

Pero con esas noches vinieron los sueños. Los sueños, única realidad. Y en ellos parecieron los niños, apoyados sobre sus pupitres, inclinadas las cabecitas mondas, de ojos abiertos é interrogantes, y la comunión espiritual, excelsa, inmaculada, de la enseñanza cálida, dialogada, al estilo socrático. Debieron ser sueños incomparables, únicos. ¿Qué importa dormir junto á una tinaja cuando se tiene en el alma una escuela?

Al lado del iluso reposaba el clérigo exonerado. ¡Cuántas veces pensó en que descendía de veras á sus manos la Esencia misma de la Divinidad! «¡No soy digno, Señor!», decía en el momento solemne, tembloroso, eucarístico, interpretado por el alado genio de Bayreuth en *La consagración del Graal*. Y en verdad, no fué digno. Surgieron las dudas luteranas, el torcedor íntimo que acompaña, desde los albigenses, al dogma. Y no supo ó no acertó á ser hipócrita. Le retiraron las licencias. Bajó la cabeza y lloró. Le faltó pan, alimento, abrigo, sus hábitos se desgajaron y sus carnes tornáronse flácidas. Y marchó á dormir al gran templo, al que tiene la bóveda estrellada y gigantesca por cúpula.

Allí no sería excomulgado. Allí había piedad para todos

Y la mujer... Profesora también, acabó en los desmontes una vida de sacrificios. No puede juzgarla sino aquel que haya amado mucho, aquel cuyas manos puedan arrojar las piedras más duras á las hondonadas de Nazaret.

¿Que nada soñaron los vagabundos? ¡Oh espíritus frívolos, críticos fáciles, prosaicos emponzoñadores de la idealidad: dejad esta hipótesis á los hombres, para consuelo de tanta injusticia! Si, por desdicha, no soñaron, toca á nosotros soñar por ellos, para que todo no sea mezquindad y miseria; para officiar en el culto que perdura á través de todos los ritos: el de lo bello, el de lo santo, el de lo intensamente inefable.

Soñemos por ellos, y dejarán de morir los maestros de hambre y de abatimiento en los campos estériles, mientras vagan los niños sin enseñanza. Hagámoslo, y se borrarán la intolerancia de todas las almas exquisitas, y no tendremos que sonrojarnos viendo arrojada entre vagabundos, y acaso entre malvados y criminales, la sombra atribulada de una mujer.

### El Apóstol

¿Es verdaderamente al apóstol Santiago á quien los gallegos rinden culto? No quiero discutirlo. Pero hay en el fondo del alma gallega tal enamoramiento de lo inefable, tan alto sentido estético y moral de la vida, que todo culto aislado llega á parecerle mezquino, y así, rompiendo la unidad exclusiva de los breviarios, junta los dogmas, sin-

tetiza los ritos y hace de todas las cosas grandes una sola grandeza, y de todos los credos un solo simbolo, escrito con todas las palabras que son signo y arcano, expresión y compendio de las sublimidades del ideal.

De esta manera el Apóstol excede al Verbo, porque además de hacerse carne, se exalta en idea y es Dios y es hombre; pero además, es vaso, y es templo, y es bosque, y es río, y es murmullo de selva, y canción de montaña, y estallido fecundador en la tierra, y en el cielo camino tapizado de nebulosas. A un tiempo místico y pagano, tiene la austera dignidad del asceta y la rebeldía valerosa del heresiarca. Destruye el propio templo y sabe reedificarlo en tres días, y en él coloca al Hijo Redentor, que, al mismo tiempo, es Isis, y es Buda, y es Júpiter, y es Pan. Porque nada divino á sí juzga ajeno, y por ende, tienen sus rezos la sensualidad de la anacreóntica, y sus alboradas místicas cadencias de solemne liturgia.

El gallego sabe que su Apóstol no cabe en las mezquindades de la hornacina, y así, se lo representa á caballo, desceñida la túnica, desbuclada la negra cabellera, que contrasta con la crin nevada de su corcel bravo y piafador; la sandalia oprimiendo el estribo y la espada en alto para hendir bajezas, el escudo olvidado, como quien en sí propio lleva su firme broquel. Pero luego, una vez terminada la lucha, el caudillo descende y arroja las armas, pulsa el caramillo, se ciñe los báquicos laureles de Dionisio Rústico, ó las rosas cupidinescas; presta atento el oído á la Naturaleza inmortal, que preludia su eterna magna polifonía, y se aduerme arrullado por el hervor de todas las mitologías pasadas y de todas las redenciones futuras, demasiado grande para soñar con un paraíso

que pueda tener puertas, aun cuando se labren en marfil; que pueda tener límites, aun cuando éstos se encuentren en los abismos del Angel malo. Se le ha dado bendito el cielo y él anhela algo más: santificar la tierra.

¡Y aun hay quien se asusta de que un himno gallego, escuchado en pie y con la cabeza descubierta, pueda ser indicio de rebeldía! Galicia entera es una rebeldía. Rebeldía contra la pequeñez ortodoxa, contra la miseria moral, con la explotación del labriego, que busca en las entrañas del suelo pan para los rapaces; rebeldía contra el usurero, el cacique, el dueño del foro, el usurpador y el agiotista. No contra España, madre ultrajada y dolorida; pero sí contra sus verdugos, incapaces de escuchar el lamento del alma regional.

Sí; precisa afirmar la noble y adusta personalidad galaica. Traer jinete en su corcel al Apóstol, Prisciliano ó Santiago, Dionisio ó Pan, alma de la raza, símbolo del futuro, genio bramador de la tierra que gime...

### El lujo en Madrid

Creíamos algunos espíritus cándidos que el impuesto encarecía los alimentos y que tal carestía motivaba el malestar que agobia á cuantos tienen que trabajar para vivir.

Ciertos escritores piadosos nos han sacado de tal error. La culpa de nuestros apuros la tiene el pícaro lujo femenino. Las mujeres gastan en trapos una enormidad. Pero ¿qué se entiende por enormidad?

Para Ovidio ya era excesivo gasto, no ya el de vestir, sino el de alimentar á la mujer. El buey —decía— no alimenta á la vaca, ni el carnero á la oveja. Quevedo, gran camastrón satirico, llegaba más lejos: le agradaba tan sólo un dar, el de no dar nada. Y sobre este tema hizo varias letrillas deplorables.

Pero van siendo sobrados comentarios los que hacemos á esas letrillas; el famoso lujo de la mujer es un tópico que va rayando en vulgaridad. ¿Es que el marido no puede impedirlo? ¿No es más propio de un hombre imponer su autoridad para remediar despilfarros que lamentarse públicamente como una plañidera de oficio? ¿A qué hablar del lujo de la mujer si ésta rara vez gasta sino lo que consiente y dispone el marido?

Lo cierto es que no hay semejante lujo. Raro es el esposo amantísimo que gasta en vestir á la compañera de su vida la décima parte de su haber. Lo general es que malgaste el dinero fuera de casa. La mayor parte de las mujeres de la clase media hacen verdaderos prodigios con telas baratas, sombreros que sufren constantes reformas y ropa interior de madapolán. El lujo se reduce no pocas veces á cuatro andrajos, bien ó mal pergeñados, cuyo coste misérrimo lamenta el marido en tono compungido, sin ver que incurre en tremendo, en imperdonable delito de mezquindad y cursilería.

En este país de caballeros, el lujo se guarda para la querida, para el círculo ó para el estanco. Para la madre de nuestros hijos reservamos las sobras de la mesa y los pingos de saldos y de baratillos. La cantinela de Nasón continúa siendo el constante tema monótono; y las pobres mujeres siguen cruzando la calle con miedo, temerosas de recogerse demasiado la falda, para no enseñar los

tacones torcidos ó la falda de barros zurcida con descolorido algodón catalán.

### El título

¿Qué hacer con los desocupados?—preguntan las ciudades—. ¿Cómo labrar las tierras incultas?—interrogan los campos—. Ved todo el problema de la miseria. Cien mil hombres quieren trabajar; quinientas mil tierras demandan cultivo. ¿Quién impide que estas necesidades se satisfagan? Una organización, una sociedad, un Estado. Pues bien; esta organización es defectuosa. Sus prohombres no tienen derecho á hablar de caridad.

Un genio providente encontraría las calles de las grandes ciudades pobladas de menesterosos y los muelles de los puertos abarrotados de emigrantes, é impulsado por una compasión verdadera, les llevaría á las campiñas, y ante las grandes extensiones de tierra labrantía, hecha estéril por el abandono, les diría: «Trabajad y comed.» En los rostros de los desvalidos aparecería una mueca de desesperación y de abatimiento. «Las tierras tienen dueño—dirían—, y nosotros no podemos, sin su consentimiento, cultivarlas.» Entonces, el genio de la Piedad dejaría á los vagabundos forzosos y buscaría á los propietarios, creyendo encontrar hombres fuertes, musculosos, recios, bien alimentados, poseedores del ocio y la tranquilidad.

¡Cuál no sería su desilusión! Acaso, en algunas regiones, toparía con la riqueza y pensaría, con justicia, en la expropiación de los latifundios, inicuamente detentados. Pero en la mayor parte de las comarcas vería al propietario aniquilado, ham-

briento, falto de fuerzas y de medios para demandar á la tierra sus frutos generosos. En un lado serían los impuestos, en otro los censos, foros y enfiteusis, aquí la usura, acullá los litigios, en todas partes la exacción injusta, lo que impedían el cultivo. Entonces el genio del Bien acaso se desentendería de títulos y adjudicaría á cada trabajador su parcela, eximiéndole para siempre de todo pago ó tributación onerosa. Y aquel mismo día el benéfico genio ingresaría en la cárcel como anarquista. Había olvidado que el título lo es todo y que la justicia no es nada.

¡El título! Es preciso para todo, hasta para nacer. Una inscripción en libros del Registro determinará si el venido al mundo es legítimo ó adúlterino, natural ó sacrilego, adoptivo ó mancer. Ese título habrá de seguirle de por vida. Y cuando su actividad busque orientaciones y su inteligencia tarea, será licenciado ó doctor, ignorante ó sabio, no cuando lo sea de verdad, sino cuando así lo consigne un diploma. Sin título, no podrá poseer ni acreditar capacidad ni hacer cosa alguna de provecho. Ya puede ser colosal estratega, que de nada le servirá si no ejerce mando, y para ejercerlo, tendrá que pasar por las líneas interminables del escalafón. No podrá curar sin ser médico, ni defender un juicio sin ser abogado, ni administrar sin tener empleo, ni trabajar la tierra para sí sin ser propietario. La capacidad nada vale; es preciso que el título venga á sentar la ficción. Una vez conseguido, ya puede matar, arruinar, dilapidar á su antojo. A ello tiene derecho, por cuanto lo acreditó, en papel sellado, en debida forma.

Y he aquí que la realidad implacable viene á echar por tierra todo este sistema de ficciones. El hijo legítimo sale á lo mejor un canalla, y el espú-

reo un modelo de ciudadanos. Médicos sin enfermos y abogados sin pleitos perecen agobiados por su propia ignorancia, mientras otros, que no lo son, se enriquecen con específicos ó con la gestión indirecta de asuntos. Generales salen derrotados, y soldados rasos conquistan laureles. Porque el título es una ficción. No es médico Pasteur ni Eiffel ingeniero, como puede muy bien Rockefeller no ser propietario rural.

Y esta ficción absurda, intolerable, del título es la que aniquila los campos. Unas veces, su poseedor no trabaja las tierras y permanece de ellas ausente, limitándose á cobrar el canon ó renta. Otras, el propietario no posee, porque se lo impide de hecho el señor del foro, del censo ó la hipoteca. Aun el propietario rural más feliz se ve obligado á arrastrar una vida penosa y miserable. Eso sí: cada tierra supone un libro de Registro; cada palmo de sembradura, cientos y cientos de inscripciones. El planeta pudiera cubrirse de papel sellado ó de oficio. Estas tierras que contempláis atribulados, fueron de éste y de aquél y de esotro; fueron hipotecadas y liberadas; se transmitieron por muerte y donación, pagaron derechos de transmisión y reales. Tienen dueño, censalista, forero, acreedor, heredero y recaudador de tributos. La titulación se encuentra corriente. Lo que ocurre es que nadie las labra.

Penosa tarea la de convencer á una sociedad constituida sobre tales bases, á un mundo compuesto de escribas, chupapleitos, zurupetos y correveidiles, de que sólo hay un título de posesión eficaz: el trabajo. El terrón debe ser de la azada, del arado y del pico; no de la certificación de libre de cargas. La profesión debe ser de quien sabe, no de quien ostenta un diploma; la riqueza, de quien

con su labor la conquista. Todavía faltan muchos años, tal vez muchos siglos, para restablecer este sencillo y primitivo criterio. Entretanto, seguiremos condenados á profesores sin profesión, sabios sin sabiduría, propietarios sin propiedad, campos de cultivo sin cultivo, trabajadores sin trabajo é instituciones de buen sentido que no tienen sentido común.

### Cuasi contrato

Lector: voy á permitirte hacerte una pregunta; antes de contestarla, para tu sayo—que no otro sacrificio he de demandarte—, quiero que medites bien la respuesta. Alza primero la vista al espacio, respira el aire de la mañana á pleno pulmón y luego responde con sinceridad: ¿Cuántas horas permanecerías tranquilo debajo de tierra?

Figúrate que te encierran en una jaula y bajas tres, cinco, siete estados. Después te internas por una galería, pasas á otra más lóbrega. Ya no hay más claridad que lo que sobre los muros proyecta una débil lámpara. El aire es pesado; el menor descuido puede hacer derrumbarse sobre ti toda aquella labor de topes. Decidete á ser franco: ¿Cuánto tiempo estarías así?

Una vez que hayas calculado las horas que podrías permanecer aislado de la sociedad, de los hombres, de la luz del día y del aire puro y oxigenado, medita de nuevo si estarías las mismas horas soterrado, suponiendo que hubieras de hacerlo todos los días. Piénsalo bien: «todos los días». Lunes y martes, sábados y domingos, en verano como en invierno, un año y otro, hasta el momento de tu



muerte. ¿Te parecerán muchas seis horas? ¿Cinco? ¿Tres? Vuelve á mirar al cielo antes de contestar, y figúratelo todo negro, rozando tu cabeza. Contempla el horizonte é imagina que oprime tus hombros; mueve los pies y supón que pisas un suelo cenagoso y ardiente. Supongamos que eres valeroso y robusto. Es preciso contestar: ¿Cuántas horas?

Olvidaba una pequeña advertencia: las horas que hayas de permanecer soterrado no serán de reposo. Arrastrarás vagones, manejarás el pico y la pala, arrancarás á la mina varias toneladas de mineral. Oirás blasfemar y gemir, tendrás hambre, sentirás inquietud por los tuyos, ignorarás la hora de tu redención. ¿Te parecen muchas cuatro horas diarias? ¿Cinco?... No atormentes más el magín. Un gobierno demócrata ha resuelto el problema: el trabajo en las minas será de nueve horas, y la permanencia en ellas de diez á once, contando comida y descanso, ó lo que es lo mismo, de sol á sol.

Los mineros entrarán en el subterráneo de noche y saldrán de noche. Será preciso que se sientan enfermos de gravedad para que puedan ver la luz del día, á través de las rejas del Hospital ó del Sanatorio. Fuera de estos casos, la noche perdurable, la noche dantesca, la sombra implacable, que ningún esfuerzo puede rasgar.

Sabido esto, lector, te permito que respires con fuerza, que abras el balcón y que te deleites mirando tus muebles, tus libros, las mil chucherías, de mucho ó escaso valor, que ha puesto á tu lado una mano cariñosa y discreta. Descuida; no voy á aburrirte con declamaciones extemporáneas. Los mineros trabajan nueve horas; allá se les hayan; buen pro les haga; con su pan y sus lágrimas se

lo coman. Si viven, bueno, y si mueren, *sit antrum leve*; que descansen en paz.

Pero si á nosotros nos tiene sin cuidado la condición de los mineros, ¿en virtud de qué misteriosa alquitrería, por qué regla de tres—que diría un ministro del ramo—les ha de preocupar á ellos la vuestra? Acabado el mundo de los afectos, declarada ridícula y cursi la compasión, ¿por qué habrán de ser elegantes la resignación y el respeto? Nosotros no nos apiadamos; ellos no se resignan. Los nuevos parias nos importan un bledo; de nosotros á ellos se les da un ardite. *Do ut des*. Sacerdote: tú me bendices, yo te saludo, *etcætera*. Es ley de los tiempos, y hay que conformarse. La moral se llama calculatoria. Hay que proceder en consecuencia.

Posible es, sin embargo, que un día, cuando los mineros se declaren en huelga ó realicen algún *sabotage*—estropicio, que diría el maestro Cavia—, cuando surja la protesta unánime y amenazadora, nos olvidemos de nuestro papel de Petronios y caigamos en la cursilería de indignarnos. Entonces será el hablar del orden social, de los sagrados intereses creados, de la religión y otras zarandajas. Acudiremos á todos los tópicos y á todos los resortes de la vieja retórica para demostrar que los mineros son unos rebeldes y unas malísimas personas. Y acaso derramaremos unas cuantas lágrimas por la infeliz viuda de Tal, quien posee una mina y sufre reveses de importancia, ó por el accionista Fulano, que no puede pagar sus deudas del círculo á consecuencia del desastre.

Todo ello me parece harto ilógico. Los jornaleros están diez horas debajo de tierra. Que se aguanten. El patrono tiene que suspender los trabajos. Que se fastidie. Los mineros se mueren á